

*Family and education: a vision for the future from the perspective of Alvin Toffler**

William Daros**

- * Alvin Toffler (nacido en Nueva York el 3 de octubre de 1928) es un escritor y futurista estadounidense doctorado en Letras, Leyes y Ciencia, conocido por sus discusiones acerca de la revolución digital, la revolución de las comunicaciones y la singularidad tecnológica. Sus primeros trabajos están enfocados a la tecnología y su impacto (a través de efectos como la sobrecarga informativa). Más tarde se centró en examinar la reacción de la sociedad y los cambios que esta sufre. Sus últimos trabajos han abordado el estudio del poder creciente del armamento militar del siglo XXI, las armas y la proliferación de la tecnología y el capitalismo.
- ** Doctor en Filosofía. Ha pertenecido al Consejo Nacional de Investigaciones Científicas y Técnicas (CONICET) de Argentina. El autor agradece el otorgamiento de una beca a la Universidad Adventista del Plata (UAP - Entre Ríos, Argentina), que hizo posible este trabajo, el cual se encuadra en el texto mayor de un libro de próxima edición. En este libro, se hallan explicitadas algunas afirmaciones y conclusiones sólo enunciadas aquí, dados los límites que impone un artículo. Correspondencia: daroswr@yahoo.es

*Familia y la educación: Una visión hacia el futuro desde la perspectiva de Alvin Toffler**

Cómo citar este artículo: Daros, W. (2015). Familia y la educación: Una visión hacia el futuro desde la perspectiva de Alvin Toffler. *Revista Tesis Psicológica* 10(1), 86-101.

Recibido: abril 25 de 2014
Revisado: mayo 1 de 2014
Aprobado: enero 27 de 2015

ABSTRACT

While education was until the twentieth century focused on knowledge of the ancient past, in the XXI century it seems to be that what is required is to look at the future. Toffler taking a pragmatic socio-psychological thesis suggests that the cause that explains who we are and our future is in the “social character”. The current insolvency of education and family is part of the general crisis industrialism and the collapse of all institutions raised by modernity; Toffler provides for new forms of households and educational processes. Postmodernism -or universal cultural Third Wave- brings itself new values, rights and interests that require that education is no longer set in ancient times, but in the future, so the critics as anachronistic way to educate exercised under the model factory. Despite all the rhetoric about the future, our schools look back, into a dying system, rather than forward, where the new society is. All their energies tend to form the “industrial man”, a man prepared to survive in a system that will die before him. The technology of tomorrow requires no million slightly educated, able to work together in infinitely repeated tasks men; men not to accept orders without blinking; but able men of critical thinking, to break into new media, new relationships quickly get a reality subject to rapid changes. Illiterate will be who has not learned how to learn permanently.

Keywords: Family; education, postmodernity, Third Wave, future, learn to learn.

RESUMEN

Si bien la educación estuvo hasta el siglo XX centrada en saberes del pasado milenario, en el siglo XXI parece ser que lo que se exige es poner la mirada en el futuro. Asumiendo Toffler una pragmática tesis sociopsicológica plantea que la causa que explica lo que somos y nuestro devenir se halla en el “carácter social”. La actual quiebra de la educación y de la familia forma parte de la crisis general del industrialismo y del derrumbamiento de todas las instituciones levantadas por la modernidad; Toffler prevé nuevas formas de núcleos familiares y de procesos educativos. La posmodernidad -o Tercera Ola cultural universal- trae consigo nuevos valores, derechos e intereses, que exigen que la educación ya no esté fijada en la antigüedad, sino en el futuro, por tanto crítica como anacrónica la forma de educar, ejercida bajo el modelo de la fábrica. A pesar de toda la retórica acerca del futuro, nuestras escuelas miran hacia atrás, hacia un sistema moribundo, más que hacia delante, donde está la nueva sociedad. Todas sus energías tienden a formar al “hombre industrial”, un hombre preparado para sobrevivir en un sistema que morirá antes que él. La tecnología de mañana requiere no millones de hombres ligeramente instruidos, capaces de trabajar al unísono en tareas infinitamente repetidas; no hombres que acepten las órdenes sin pestañear; sino hombres capaces de juicio crítico, de abrirse camino en medios nuevos, de contraer rápidamente nuevas relaciones en una realidad sometida a veloces cambios. Analfabeto será quien no ha aprendido a aprender permanentemente.

Palabras clave: Familia, educación, posmodernidad, Tercera Ola, futuro, aprender a aprender.

Introducción

La familia siempre estuvo unida a la educación, esta fue en el pasado el nicho en el cual los futuros miembros de una familia aprendían vivencialmente la función de los roles sociales. En el pasado, lo que se requería para poder participar en el trabajo productivo y en las demás tareas sociales (rituales, culturales, etc.) era simple y las competencias necesarias podían ser aprendidas visualmente o con escaso aprendizaje sistemático y formal. Especialmente en la modernidad se comenzó a requerir un proceso de competencias generales (lectoescritura, matemáticas rudimentarias, etc.) lo que exigió a su vez, la organización y universalización de las escuelas iniciales y luego las universidades, después liceos, etc. (Arriagada, 2000).

Los maestros eran los poseedores de esas competencias necesarias para la emergente civilización industrial moderna. Los maestros (*magister*) poseían más (*magis*) conocimientos que el resto de la población rural que era llevada a las ciudades. En cierto modo eran personas respetadas o respetables. En la actual posmodernidad se da por primera vez la paradoja según la cual los jóvenes saben (en algunos casos, como en tecnología digital) más que sus padres y maestros. Se les exige a los docentes, además, tareas de perfeccionamiento constante, de contención psicológica y social para la cual no fueron específicamente preparados. Los mismos padres se ven desbordados por las habilidades que exige una tecnología velozmente cambiante (Terceiro, 1996; Castells, 1999; Bell, 1976), circunscrita a un modelo de educación que dista mucho de aquella que estuvo enfocada hacia el pasado donde la historia, las lenguas clásicas y la literatura eran importantísimas para adquirir y sobre todo para transmitir lo que se estimaba era el bagaje inalienable de la cultura humana de todos los tiempos (Brunner, 2009). Actualmente se encuentran en las aulas estudiantes no

interesados en esos valores, con no poco desconcierto de los padres y docentes, como ya lo preanunciara Toffler (1980), y que además están integrados a nuevos tipos de familias, temática muy tratada por los antropólogos y educadores contemporáneos (Hernández, 2014; Baeza & Bertrán 2015).

La familia de la posmodernidad o de la Tercera Ola

Durante la gran depresión de los años 30 del siglo pasado, millones de hombres se quedaron sin trabajo. Al cerrarse ante ellos las puertas de las fábricas, muchos se desplomaron en abismos de desesperación y culpabilidad, viéndose quebrantada su autoestima por el despido. Finalmente, el desempleo pasó a ser visto con una luz más sensata, no como resultado de la holgazanería o el fracaso moral del individuo, sino de *fuerzas gigantescas que escapaban al control de la persona* tales como: la mala distribución de la riqueza, la inversión miope, la especulación desatada, políticas comerciales incoherentes, un gobierno burocrático, etc., estas eran las causas del desempleo, las que a su vez, parecen seguir ciclos económicos: las crisis de los ricos y de los países ricos tienen suficientes medios como para hacer que la paguen los pobres, los cuales parecen que nunca trabajan y ahorran lo suficiente.

Hoy en el siglo XXI, una vez más, los *egos* individuales se están rompiendo como cascarnes de huevos lanzados contra la pared: los *egos* tuvieron que abrirse a la sociedad. En su inicio, el responsable de este rompimiento de la individualidad estuvo asociado al derrumbamiento de la familia de la Era Moderna (la familia nuclear), más que al derrumbamiento de la economía. Millones de hombres y mujeres sufrieron también los tormentos del autorreproche, mientras comenzaron a emerger de entre los restos de sus matrimonios naufragados. Y, una vez más, gran parte de la responsabilidad se

encuentra erróneamente asignada. Ha surgido una nueva Era: la Posmoderna, una nueva ola cultural: la tercera ola (Blake, Smeyers, Smith & Standish, 2014; Bauman, 2013; Toffler, 1982).

Cuando es una pequeña minoría la afectada, el resquebrajamiento de sus familias puede que refleje la existencia de fracasos individuales, pero cuando el divorcio, la separación, el machismo (Daros, 2014) y otras formas de desastre familiar y deficiencias educativas alcanzan simultáneamente a millones de personas en muchos países, es absurdo pensar que las causas sean puramente personales (Coronado, 2015). De hecho, la actual quiebra de la familia forma parte de la crisis general del industrialismo, del derrumbamiento de todas las instituciones levantadas por la modernidad; forma parte del despeje del terreno para dejar lugar a una *sociosfera* de la posmodernidad. Este traumático proceso, reflejado en las vidas individuales, es lo que está alterando el sistema familiar hasta hacerlo irreconocible.

Toffler admite que a finales del siglo XX, se decía repetidamente que “la familia” se estaba disgregando, o que “la familia” constituía el problema número uno (Toffler, 1982); tanta era la preocupación por la familia que incluso el presidente norteamericano Jimmy Carter hizo la siguiente declaración durante su gobierno: “Es evidente que el Gobierno nacional debe tener una política favorable a la familia. No puede haber ninguna prioridad más urgente” (Toffler, 1982, p. 138). Trátese de predicadores, primeros ministros, o de la prensa, la piadosa retórica resulta en todos los casos muy semejante. Pero cuando hablan de “la familia” no se refieren a la familia en toda su exuberante variedad de formas posibles, sino a un tipo particular de familia: la familia de la modernidad.

Hoy cuando las autoridades instan a “restaurar” la familia, es a esta familia nuclear de la

modernidad a la que se refieren, y con ello, no sólo yerran en el diagnóstico del problema, sino que revelan también una pueril ingenuidad con respecto a las medidas que realmente sería preciso adoptar para devolver a la familia nuclear su antigua importancia. Así, las autoridades culpan frenéticamente de la crisis de la familia a todo, desde los “mercaderes de obscenidad”, hasta la música rock. Unos dicen que la oposición al aborto, la eliminación de la educación sexual, la resistencia al feminismo, y la preconizan de la realización de cursos de “educación familiar”, volverían a unir de nuevo a la familia. El principal estadístico del Gobierno de los Estados Unidos sobre asuntos familiares desea educación más eficaz para enseñar a la gente a casarse con más acierto, o, si no, un sistema atractivo y científicamente comprobado para la selección de cónyuge. Lo que se necesita -dicen otros- son más consejeros matrimoniales e incluso más relaciones públicas para dar una mejor imagen a la familia. Según Toffler, ciegos a las formas en que las históricas de cambio influyen sobre las personas, formulan propuestas bien intencionadas y con frecuencia necias, que fallan por completo el blanco.

¿Sustitución del estilo de familia nuclear?

La llegada de la posmodernidad no significó, naturalmente, el fin de la familia nuclear, como tampoco la llegada de la modernidad significó el fin de la familia ampliada. Lo que sucede es que *la familia nuclear no puede ya servir de modelo ideal para la sociedad* (Toffler, 1982, p. 136). El hecho no suficientemente valorado, es que al menos en Estados Unidos en donde está más avanzada la posmodernidad, la mayoría de la gente vive ya fuera de la clásica forma de familia nuclear. Si se define la *familia nuclear* como compuesta por un marido trabajador, una esposa ama de casa y dos hijos, y se pregunta cuántos norteamericanos viven realmente en este tipo de familia, la

respuesta es sorprendente: el 7% de la población total de los Estados Unidos. El 93% de la población no se ajusta ya a este modelo ideal de la modernidad de finales del siglo XX (Toffler, 1982).

Aunque se ensanche la definición tradicional de familia para dar cabida en ella a aquellas en las que trabajan ambos cónyuges o en las que el número de hijos sea menor o mayor de dos, se encuentra que la inmensa mayoría -entre las dos terceras y las tres cuartas partes de la población- viven fuera del modelo nuclear. Además, todos los indicios señalan que las familias nucleares (como quiera que decidamos definirlas) continúan reduciéndose en número, mientras otras formas se multiplican rápidamente.

Diversidad de estilos familiares

Se está presenciando un espectacular aumento en el número de personas que viven completamente solas. Entre 1970 y 1978, el número de personas de edades comprendidas entre los catorce y los treinta años que vivían solas *se triplicó* casi en Estados Unidos, pasando de 1,5 millones a 4,3 millones (Toffler, 1982). Actualmente en los Estados Unidos *la cuarta parte* de la población vive sola y no todas esas personas se han visto obligadas a ello, muchas toman esa decisión deliberadamente, al menos por algún tiempo. Generalmente una persona pensaría en casarse si encontrase la persona adecuada, pero no renunciaría por ello a su carrera. Entretanto, vive sola y forma parte de una amplia clase de adultos jóvenes que abandonan pronto su hogar, pero se casan tarde.

Mirando a un sector más viejo de la sociedad, se encuentra un gran número de personas que estuvieron casadas, y que a menudo han vivido “entre dos matrimonios”, y luego optan por vivir solas. El aumento de tales grupos ha creado una floreciente cultura de “solos” y una gran proliferación de bares, clubes, viajes turísticos y otros servicios

o productos pensados para el individuo independiente. A su vez, se está experimentando también un fuerte incremento en el número de personas que *viven juntas sin molestar por los formalismos legales*.

Las naciones tecnológicamente avanzadas están actualmente llenas de una sorprendente variedad de formas familiares: matrimonios homosexuales, comunas, grupos de personas de edad que se reúnen para compartir gastos (y a veces, experiencias sexuales), agrupaciones tribales entre ciertas minorías étnicas; y muchas otras formas coexisten como nunca se había visto hasta ahora. Hay matrimonios contractuales, matrimonios seriales, agrupaciones familiares, y una diversidad de redes íntimas. Estas nuevas formas familiares apenas son una parte de la variedad más rica que burbujea bajo la superficie. El aspecto más característico del matrimonio en el futuro será precisamente la *diversidad de opciones abiertas* para personas que desean cosas diferentes en sus relaciones interpersonales.

Ante tal panorama se formula la siguiente pregunta ¿Cuál es el futuro de la familia? Una respuesta probable es que durante la posmodernidad ninguna forma determinada dominará durante largo tiempo, en lugar de ello, se verá una gran variedad de estructuras familiares. Sin embargo, frente a tal panorama, no sería lícito pensar en la eliminación total o la “muerte” de la familia nuclear, significa solamente que en lo sucesivo, la familia nuclear no será más que *una* de las muchas formas socialmente aceptadas y aprobadas, dado que a medida que avanza la posmodernidad, el sistema familiar se tornará desmasificado.

¿Cómo serán las familias de nuestros hijos?

¿Vivirán solos nuestros hijos durante muchos años, décadas quizá? ¿Se quedarán sin hijos? ¿Nos retiraremos a comunas de ancianos? ¿Y qué decir de posibilidades más exóticas? ¿Aumentarán

las familias homosexuales criando hijos? ¿Y que producirá el potencial impacto de la clonación?

Las combinaciones de soluciones posibles son ilimitadas y pese a las exclamaciones de indignación, ninguna de ellas debe ser considerada inimaginable. No hay en el matrimonio literalmente nada que alguien pueda imaginar como posible solución que ya no haya sido ensayada a lo largo de la historia humana. Aunque son muchos los elementos que influyen en la estructura familiar -pautas de comunicación, valores, cambios demográficos, movimientos religiosos, incluso modificaciones ecológicas- es particularmente fuerte el lazo existente entre *la forma familiar y la organización laboral*. Así, del mismo modo que la familia nuclear fue promovida por el auge del trabajo fabril y de oficina, que tuvo y sigue teniendo una profunda influencia sobre la familia, los inminentes cambios en la fuerza de trabajo y en la naturaleza del trabajo empezaron a alterar la vida familiar (Coronado, 2015).

La variedad de formas familiares que se han venido gestando no surgieron sin producir penalidades y contratiempos. Todo cambio operado en la estructura de la familia impone también cambios en los roles que las personas asumen. Toda sociedad crea a través de sus instituciones su propia arquitectura de papeles o expectativas sociales: la empresa y el sindicato definieron más o menos lo que se esperaba de obreros y patronos; las escuelas fijaron los papeles respectivos de maestros y alumnos; y la familia de la modernidad marcó los papeles del trabajador, ama de casa e hijo. Al entrar en crisis la familia nuclear, los papeles asociados a ella empezaron a tambalearse y resquebrajarse trayendo consigo un tremendo impacto en lo individual.

Cultura sin hijos

Otro cambio significativo ha sido el aumento de personas que eligen conscientemente no tener

hijos, lo que se conoce en la actualidad como *estilo de vida "libre de hijos"*. No obstante el crecimiento demográfico en los países del tercer mundo, se está presenciando un desplazamiento de hogares "centrados en los hijos" a hogares "centrados en los adultos". A principios de siglo había relativamente pocas personas solas en la sociedad, y relativamente pocos padres vivían mucho tiempo después de que su hijo menor hubiese abandonado el hogar. Así pues, la mayoría de las familias estaban centradas en los hijos. Por el contrario en los Estados Unidos, en 1970, solo uno de cada tres adultos vivía en un hogar con hijos menores de dieciocho años.

En muchas naciones industriales se está extendiendo la idea de renunciar a tener hijos. En 1960, sólo el 20% de mujeres norteamericanas casadas, menores de treinta años, vivían sin hijos. Para 1975 el número se había elevado hasta un 32%, un salto del 12% en quince años. También han estado surgiendo organizaciones para fomentar la vida sin hijos, por ejemplo la organización *Alianza Nacional, para la Paternidad Opcional*, surge con la finalidad de proteger los derechos de las personas sin hijos y combatir la propaganda pronatalista (Toffler, 1982).

La clase media goza de una posición modestamente desahogada. Poseen un pequeño hogar, de vez en cuando realizan algún viaje de vacaciones y si ellos se decidiesen a tener hijos, estos alterarían drásticamente su forma de vida. Estas familias están acostumbradas a un estilo de vida independiente, sin hijos que las atenen a la rutina. Sin embargo, esta resistencia a tener hijos no es un signo de decadencia capitalista. Se dio también en la ex Unión Soviética.

Diversidad de roles sexuales y los derechos

Se ha contemplado una ardua lucha por redefinir los papeles de hombres y mujeres que hacen

parte de una familia de tipo posnuclear. Las expectativas y el comportamiento de ambos sexos se han modificado con respecto a empleos, derechos legales y económicos, responsabilidades domésticas e incluso actividad sexual. La atribución de papeles se ve sacudida por la batalla en torno al aborto, por ejemplo, ya que las mujeres insisten en que ellas -no los políticos, ni los sacerdotes, ni los médicos, ni siquiera los maridos- tienen derecho a controlar sus cuerpos. Los papeles sexuales han quedado difuminados más aún al exigirlos los homosexuales, quienes han venido luchando por el reconocimiento de sus derechos.

Todas esas dinámicas han permitido la promoción y aprobación de las Leyes de Derechos de los Niños y de ahí a la existencia de quienes los defienden amparados en dicha Ley. De ahí, que los tribunales se han visto inundados de casos que implican la redefinición de roles familiares en la medida que se multiplican y ganan aceptabilidad alternativas de familia distintas a la nuclear. Esa nueva redistribución de roles conduce a pensar en los siguientes interrogantes: ¿Deben los esposos no casados compartir sus bienes después de separarse? ¿Puede una pareja pagar a una mujer para que procee en su lugar un hijo mediante inseminación artificial? ¿Puede una lesbiana ser una “buena madre” y conservar la custodia de su hijo después de divorciarse? ¿Qué es lo que se entiende por ser buen padre o buena madre? Los padres pueden cometer errores, pero deben responder legalmente -y económicamente- por los resultados de su ineptitud parental.

Detrás de todo este panorama, está empezando a constituirse un nuevo sistema familiar propio de la posmodernidad, basado en una diversidad de formas familiares y papeles individuales más variados. Esta desmasificación de la familia ha abierto nuevas opciones personales, por esta razón, el emergente sistema familiar podría darnos

a cada uno de nosotros libertad para encontrar su propio lugar, para elegir o crear un estilo o trayectoria familiar sintonizada con las necesidades familiares. Para lograr que la nueva diversidad actúe en favor de la sociedad actual, en lugar de hacerlo en contra de ella, se necesitarán cambios en muchos niveles a la vez: desde la moralidad y los impuestos, hasta las prácticas de empleo. En el terreno de los valores se requeriría empezar por la eliminación del injustificado sentimiento de culpabilidad que acompaña a la ruptura y reestructuración de las familias.

La decisión de vivir fuera del marco de una familia nuclear debe ser facilitada, no dificultada. Por regla general “los valores cambian más lentamente que la realidad social” (Toffler, 1982, p. 148) todo lo cual muestra que en la actualidad no se ha desarrollado aún la *ética de tolerancia ante la diversidad* que permitiría el surgimiento de una sociedad desmasificada. Gran número de personas que han sido criadas en el contexto propio de la modernidad y por tanto firmemente educadas en la idea de que una clase de familia es “normal” y otras un tanto sospechosas, si no “aberrantes”, mantienen una actitud de intolerancia ante la nueva variedad de estilos familiares. Hasta que eso cambie, la angustia de la transición seguirá siendo innecesariamente elevada.

En la vida económica y social los individuos no pueden disfrutar de los beneficios de nuevas opciones familiares en tanto que las leyes, códigos fiscales, normas de seguridad social, organizaciones escolares, códigos de vivienda e incluso formas arquitectónicas sigan implícitamente orientados hacia la familia de tipo nuclear que imperó en la modernidad. Actualmente no se tienen en cuenta las necesidades especiales de las mujeres que trabajan, de los hombres que permanecen en el hogar para cuidar de sus hijos, por el contrario estas personas han sufrido una discriminación, sutil o abierta, en las sociedades de la Modernidad; incluso mientras

se ensalzaba devotamente el cuidado del hogar, la civilización de la modernidad desconocía a la persona que realizaba esa tarea; el *cuidado del hogar* es un trabajo productivo y verdaderamente crucial, y precisa ser reconocido como parte de la economía. Para garantizar el más elevado rango social al cuidado del hogar, ya esté a cargo de mujeres o de hombres, de individuos o de grupos que trabajen juntos, se tendría que *pagar salarios por él* o atribuirle un valor económico.

En la economía exterior al hogar, las prácticas de empleo en muchos lugares se basan todavía en la anticuada presunción de que el hombre es el fundamental ganador del sustento, y la esposa lo es sólo de forma suplementaria, prescindible, en vez de considerarla copartícipe plenamente independiente en el mercado de trabajo. Suavizando los requisitos de antigüedad, extendiendo el horario flexible, aumentando las oportunidades de trabajo en régimen de jornada reducida, no sólo se humanizaría la producción sino que se adaptaría a las necesidades de un sistema familiar en el que tienen cabida estilos distintos.

La educación

Actualmente la educación es un tema de suma importancia para la sociedad globalizada, por consiguiente muchas instituciones tienen sus ojos puestos sobre ella. Los padres confían en la educación para preparar a sus hijos para la vida del futuro (Habermas, 2001); los maestros advierten que la falta de educación destruiría las oportunidades del niño en el mundo de mañana; las agencias gubernamentales, las iglesias y los grandes medios de difusión exhortan a los jóvenes para que sigan estudiando, e insisten en que, hoy más que nunca, el futuro de cada cual depende casi exclusivamente de su educación.

Sin embargo, a pesar de toda esta retórica acerca del futuro, se ve un anacronismo en todo el

discurso que frente a la educación está circulando: *las escuelas miran hacia atrás, hacia un sistema moribundo*, más que hacia delante, donde está la nueva sociedad naciente. Todo el sistema educativo tiende a formar al “hombre industrial”, uno preparado para sobrevivir en un sistema que morirá antes que él. Para contribuir a evitar el “shock” del futuro debe crearse un sistema de educación posmoderno, y para conseguirlo es necesario buscar objetivos y métodos en el futuro, no en el pasado. El proceso educativo -como el empresario, siendo la educación una empresa notablemente más compleja e imprevisible- en la época moderna, necesitó estandarizar sus procesos, hoy parece que se requiere, en parte, lo contrario: la creatividad individual. “A lo largo de la Era industrial, la tecnología ejerció una enérgica presión orientada hacia la *estandarización*, no sólo de los productos, sino también del trabajo y de las personas que lo realizan. Ahora emerge *un nuevo tipo de tecnología* que surte un efecto diametralmente opuesto” (Toffler, 1985, p. 44).

Cada sociedad tiene su propia actitud frente al pasado, el presente y el futuro. Esta actitud temporal tomada como respuesta al ritmo del cambio, es uno de los factores menos advertidos pero más determinantes del comportamiento social y se refleja claramente en la manera en que la sociedad prepara a sus jóvenes para la vida adulta. En las *sociedades agrícolas*, el pasado se introduce en el presente y se repite en el futuro. En una sociedad de esta clase, la manera más sensata de preparar a un niño era armarle con los conocimientos del pasado, pues éstos eran exactamente los mismos que necesitaría en el futuro. “La sabiduría está en los antiguos” expresa una cierta mentalidad bíblica. Por esto, el padre transmitía a su hijo toda suerte de técnicas prácticas, junto con una escala de valores claramente definida y completamente tradicional. El conocimiento era transmitido no por especialistas concentrados en las escuelas, sino a través de la

familia, las instituciones religiosas y el aprendizaje. Maestros y discípulos se hallaban dispersos en toda la comunidad. En todo caso, la clave del sistema era una absoluta dedicación al ayer.

La era mecánica o moderna tuvo que ir abandonando todo esto, pues el industrialismo de la *modernidad* requería una nueva clase de hombres. Exigía conocimientos que ni la familia, ni la Iglesia, podían proporcionar por sí solas; obligaba a un cambio en el sistema de valores y por encima de todo, exigía que el hombre desarrollase un nuevo sentido del tiempo. La educación en masa fue la ingeniosa máquina construida por el industrialismo para producir la clase de adultos que necesitaba, el problema era extraordinariamente complejo ¿Cómo preadaptar a los niños para un mundo de tareas reiterativas de puertas adentro, de humo, de ruidos y de máquinas, lleno de condiciones de vida y de disciplina colectiva; un mundo en que el tiempo no era regulado ya por el ciclo solar y lunar, sino por el reloj y la sirena de la fábrica? La solución era un sistema docente que en su misma estructura, simulase este nuevo mundo. Este sistema no surgió instantáneamente. Incluso hoy conserva elementos retrógrados de la sociedad de la Era Agrícola. Sin embargo, la idea global de reunir masas de estudiantes (materia prima) para ser manipuladas por los maestros (trabajadores) en una escuela centralmente localizada (fábrica), fue un buen golpe del genio industrial. Toda la jerarquía administrativa docente, siguió al desarrollarse el modelo de la burocracia industrial; la propia organización del conocimiento en disciplinas permanentes se fundó sobre presupuestos industriales; los niños iban de un lugar a otro y se sentaban en los sitios previamente señalados, sonaban timbres para anunciar los cambios de horario.

De esta manera, la vida interior de la escuela se convirtió en un espejo de anticipación, en una introducción perfecta a la sociedad industrial.

Los aspectos más criticados del sistema formal de educación actual -reglamentación casi militar, falta de individualización, rígido en aulas, grupos, grados y títulos, papel autoritario del maestro- son precisamente, los que hicieron tan eficaz la instrucción pública masiva como instrumento de adaptación en su lugar y tiempo.

Los jóvenes que pasaban por esta máquina docente salían a una sociedad adulta cuya estructura de empleos, funciones e instituciones era parecida a la de la propia escuela. El escolar no sólo aprendía nociones que le servirían más adelante, sino que vivía un estilo de vida modelado según el que habría de vivir en el futuro. Las escuelas infundían, por ejemplo, el nuevo ritmo de tiempo impuesto por el industrialismo. Al enfrentarse a condiciones completamente nuevas, los hombres tenían que dedicar mayor energía a la comprensión del presente. Así, el foco de la propia educación empezó a desviarse, aunque lentamente, desde el pasado hacia el presente. “Ese cambio radical refleja el traslado desde una economía ajustada para satisfacer unas cuantas necesidades básicas de “bienes”, a otra concebida para proveer también necesidades infinitamente diversas de la “psique” (Toffler, 1985, p. 43).

La docencia en la posmodernidad: mirando al futuro

En los sistemas tecnológicos del mañana -rápidos, fluidos y automáticamente regulados-, las máquinas cuidarán de la corriente de materiales físicos, y el hombre, de la corriente de información y de opinión (Castells, 2012). Según Toffler, las máquinas realizarán cada vez más las tareas rutinarias, los hombres las labores intelectuales y de creación. Máquinas y hombres, en vez de hallarse concentrados en gigantes fábricas y en las ciudades fabriles, estarán desparramados por todo el mundo y se relacionarán mediante comunicaciones extraordinariamente sensibles y casi instantáneas (Briggs & Burke, 2002). El trabajo humano saldrá de la

fábrica y de la atestada oficina para trasladarse a la comunidad y al hogar. Las máquinas estarán, como lo están ya algunas de ellas, sincronizadas a la milmillonésima de segundo; en cambio los hombres estarán “desincronizados”, enmudecerán las sirenas de las fábricas, incluso el reloj perderá una parte de su poder sobre los asuntos humanos, como distintos de los puramente tecnológicos, al mismo tiempo, organizaciones necesarias para controlar la tecnología *pasarán de la burocracia a la adhocracia*, de la permanencia a la transitoriedad, y de su preocupación por el presente a un enfoque del futuro.

En un mundo semejante, los atributos más valiosos de la era industrial se convierten en obstáculos: la tecnología de mañana requiere no millones de hombres ligeramente instruidos, capaces de trabajar al unísono en tareas infinitamente repetidas; no hombres que acepten las órdenes sin pestañear, conscientes de que el precio del pan depende mecánicamente de la autoridad; sino hombres capaces de juicio crítico, de abrirse camino en medios nuevos, de contraer rápidamente nuevas relaciones en una realidad sometida a veloces cambios. Requiere hombres que lleven el futuro en la médula de los sucesos futuros, ya no basta que Juanito comprenda el pasado, ni siquiera es suficiente que comprenda el presente, pues el medio actual se desvanecerá muy pronto. Juanito debe aprender a prever la dirección y el ritmo del cambio. Debe, por decirlo técnicamente, aprender a hacer previsiones reiteradas, probables, cada vez más lejanas, acerca del futuro, y lo propio han de hacer los maestros de Juanito.

Por consiguiente, para crear una educación, posmoderna o de “Tercera Ola”, se debe producir, ante todo, imágenes sucesivas y alternativas del futuro, presunciones sobre las clases de trabajos, profesiones y vocaciones que necesitaremos dentro de veinte o de cincuenta años; presunciones sobre las formas de familias y sobre las clases de problemas éticos y morales

que se plantearán alrededor de la tecnología, el ambiente y sobre las estructuras de organización en que los hombres se verán envueltos. Sólo creando estas presunciones, definiéndolas, discutiéndolas, sistematizándolas y poniéndolas continuamente al día, se podrá deducir la naturaleza de las condiciones cognitivas y afectivas que necesitará la gente del mañana para sobrevivir al impulso acelerador.

Existen actualmente centros de estudios encargados de escrutar el horizonte con este fin; un grupo de personas del movimiento estudiantil ha empezado también a preocuparse del futuro, sin embargo, ante la dificultad de modificar la tendencia de la educación en el tiempo, estos esfuerzos son lamentablemente insuficientes, pues se requeriría más que ellos, un movimiento masivo con vistas al futuro. Así, se debería crear en cada escuela y en cada comunidad, equipos de hombres y mujeres dedicados a ensayar el futuro en interés del presente, proyectando presuntos futuros, estableciendo respuestas docentes adecuadas a éstos, sometiendo las alternativas a debate público.

Ya que ningún grupo tiene el monopolio de la visión del mañana, estas iniciativas deberían ser democráticas; los jóvenes deberían no sólo contribuir a la dirección, sino también a la creación de “Consejos del Futuro”, de modo que los “presuntos futuros” fuesen formulados y debatidos por quienes crearán y vivirán en el futuro. En el ámbito educativo sería un error suponer que el actual sistema docente no cambia en absoluto, por el contrario, está experimentando un rápido cambio, pero una gran parte de este cambio no es más que un intento de afinar la maquinaria existente, haciéndola más eficaz para la consecución de objetivos anticuados. Todo lo demás es una especie de movimiento incoherente, sin dirección y que se anula a sí mismo. Ha faltado una dirección consistente y un punto de partida lógico.

Transformar la estructura del sistema docente, revolucionar sus programas y orientarnos más hacia el futuro.

Un nuevo movimiento educativo tendrá que *perseguir tres objetivos*: transformar la estructura organizada del sistema docente, revolucionar sus programas y procurar una orientación más enfocada hacia el futuro. Debe empezar formulando cuestiones cruciales sobre el *statu quo* e iniciar más que una evolución una revolución en educación.

La revolución implica novedad. Vierte un alud de innovación sobre las vidas de innumerables individuos, enfrentándoles con instituciones extrañas y con situaciones de primera mano. Influyendo profundamente en nuestras vidas personales, los cambios que nos esperan transformarán las estructuras familiares tradicionales y las actitudes sexuales. Harán añicos las relaciones convencionales entre viejos y jóvenes. Derribarán nuestra escala de valores en lo tocante al dinero y el éxito. Alterarán el trabajo, el juego y la educación más allá de lo concebible. Y harán todo esto en un contexto de adelanto científico espectacular, bello y, sin embargo, terrorífico (Toffler, 1978, p. 130).

Se ha observado por ejemplo, que la organización básica del presente sistema escolar es parecida a la de una fábrica. Durante generaciones se ha dado por supuesto que el lugar adecuado para que la gente se instruya es la escuela, no obstante, la nueva educación debe estimular a la sociedad de mañana, ¿habrá que darla en la escuela? Muchos padres están claramente más capacitados que los maestros de las escuelas para enseñar ciertas materias a sus hijos. Con el impulso hacia una industria fundada en la tecnología inteligente y con el aumento del tiempo de ocio, se podrá prever una pequeña pero significativa tendencia de los padres muy instruidos a sacar a sus hijos, al menos en parte, del sistema público de educación, sustituyéndolo por la instrucción en el hogar.

Esta tendencia se verá fuertemente animada por los progresos en la instrucción ayudada por el computador, las grabaciones visuales electrónicas, la holografía y otros sistemas técnicos (Nisbet, 2008). Los padres y los estudiantes podrían firmar “contratos docentes” de corta duración con la escuela más próxima, comprometiéndose a enseñar y aprender ciertos cursos o cursillos. Los estudiantes podrían seguir asistiendo a la escuela para actividades sociales y deportivas o para asignaturas que no pudiesen aprender por sí solos o bajo la dirección de sus padres o de amigos de la familia.

Si la *educación* es un proceso que se da entre los que aprenden y las comunidades en que viven o deberán vivir, entonces los estudiantes requerirán más participación en actividades importantes de la comunidad. Pero se requerirá siempre una visión atenta al presente y al futuro. En ciertos niveles de la educación, los estudiantes aprenderían oficios de los adultos de la comunidad, lo mismo que en cursos normales. Estudiantes y grupos comunitarios, así como educadores profesionales, intervendrían en la elaboración de los programas. También puede darse un procedimiento a la inversa: *llevar la comunidad a la escuela*, de modo que los almacenes locales, los salones de belleza, las imprentas, etc., tuviesen locales gratis en las escuelas, a cambio de que sus dirigentes adultos diesen lecciones gratis. Este plan, proyectado para escuelas de *ghettos* urbanos, podría ser más atractivo con base en un concepto diferente de la naturaleza de las empresas invitadas, que podrían ser, por ejemplo, oficinas de servicio de computadores, oficinas de arquitectos y, quizás incluso laboratorios médicos, emisoras de radio y agencias de publicidad.

Educación durante toda la vida

El hecho de que el conocimiento se vuelve rápidamente anticuado, y el alargamiento de la vida muestre claramente que es muy poco probable

que las enseñanzas aprendidas en la juventud conserven su importancia cuando llegue la vejez, implicaría pensar en que la educación en la Posmodernidad tendrá que prolongarse sobre una base cambiante, por lo tanto, si la educación tiene que durar toda la vida, es poco razonable obligar a los niños a dedicar todo su tiempo a la escuela. Para muchos niños, sería más satisfactorio e instructivo dedicar parte del tiempo a la escuela y otra parte a pequeños trabajos, remunerados o no, y puestos al servicio de la comunidad.

Estas innovaciones implican también *enormes cambios en las técnicas docentes*. Actualmente las conferencias siguen dominando en las aulas. Este método simboliza la propia estructura vertical y jerárquica, de la industria, aunque todavía útiles para fines limitados, las disertaciones tendrán forzosamente que dar paso a todo un arsenal de técnicas docentes, desde el juego de representar papeles hasta los seminarios regidos por computadoras y la inmersión de los estudiantes en lo que podríamos llamar “experiencias ingeniosas”. Los métodos de programación de la experiencia tomados del recreo, el pasatiempo y la industria, suplantarán a la distracción ritual y frecuentemente agotadora. Los frutos de la enseñanza se elevarán al máximo mediante el empleo de dietas o drogas controladas para aumentar el índice de inteligencia, para acelerar la lectura o para agudizar la comprensión. Estos cambios, y las tecnologías en que se apoyarán, facilitarán un cambio básico en el esquema de organización.

El “hombre industrial” fue modelado por las escuelas para que ocupase una casilla relativamente permanente en el orden social y económico. La educación posmoderna (de Tercera Ola) debe “preparar a la gente para actuar en organizaciones temporales, las *ad-hocracias* de mañana” (Toffler, 1978, p. 91). Las instituciones de aprendizaje conservan lo adquirido,

pero deben prever cambiarlo tanto así que se requerirán alumnos que aprendan a conservar y a innovar. Si las escuelas del futuro quieren facilitar la adaptación en fases posteriores de la vida, tendrán que ensayar esquemas más variados, por ejemplo, clases con varios maestros y un grupo de estudiantes; estudiantes organizados en fuerzas de trabajo temporales y en equipos de proyectos; estudiantes que pasen del trabajo en grupo al trabajo individual o independiente, y viceversa. Todas estas fórmulas y sus permutaciones serán necesarias para dar al estudiante una visión anticipada de las experiencias con que habrá de enfrentarse más tarde, cuando empiece a moverse en la variable geografía de organización Light de la Posmodernidad. Si la sociedad Posmoderna va tomando estas características: dispersión, descentralización, interpretación con la comunidad, administración *ad-hocrática*, ruptura del rígido sistema de programación y agrupación, el proceso educativo va a ser sometido también a estos requerimientos. Pero se requerirá, además, un equilibrio entre unificación y diversificación, entre las exigencias de las personas y las de las sociedades.

Conclusiones

La educación para el futuro debe prever que cualquier programa de diversificación debe ir acompañado de un gran esfuerzo por crear a través de un sistema unificador de conocimientos prácticos, puntos comunes de referencia entre las personas. Por una parte, todos los estudiantes no deberían estudiar los mismos cursos, absorber los mismos hechos o almacenar las mismas series de datos, por otra parte, todos ellos deberían ser instruidos en ciertos conocimientos prácticos comunes, necesarios para la comunicación humana y para la integración social (Briggs & Burke, 2002). Si se presume un continuo aumento de la transitoriedad, la novedad y la diversidad, se podrá ver claramente la naturaleza de estos conocimientos

prácticos y sería posible sostener por ejemplo, que las personas destinadas a vivir en la sociedad posmoderna necesitarán nuevas aptitudes en tres zonas cruciales: a) aprendizaje, b) relación y c) opción.

- a. Con relación a las nuevas aptitudes para el aprendizaje, dada la creciente aceleración, se puede concluir que los conocimientos serán cada vez más perecederos (Tourain, 2004). Los estudiantes tienen que aprender a rechazar las viejas ideas, y *aprender a aprender*. Aprender a vivir y a convivir, dada la frecuente fragilidad en los vínculos humanos (Bauman, 2005); los nuevos tipos de familias y las nuevas tecnologías (Hernández Prados, 2014; Baeza & Bertrán, 2015).
- b. Para vivir en la sociedad posmoderna se necesitarán nuevas aptitudes para establecer *relaciones*. La afición a la vida comunitaria expresa un sentido subyacente de soledad y de incapacidad de “abrirse” a los demás en tiempos de incertidumbre (Castell, 2012). Se requiere fomentar el surgimiento de grupos de estudiantes más imaginativos, nuevas clases de equipos de trabajo (Toffler, 2009). En la sociedad posmoderna se necesitarán nuevas aptitudes para realizar *opciones*. Si presumimos también que la marcha hacia la

Posmodernidad multiplicará las clases y la complejidad de las decisiones a tomar por el individuo, resulta evidente que la educación debe abordar directamente el problema del exceso de opciones. La adaptación trae consigo la sucesiva necesidad para la *toma de decisiones* (Cabrera, 2005) y cambios en el carácter de las personas; estos rasgos de carácter no son simple consecuencia (ni reflejo) de presiones exteriores sobre las personas, surgen de la tensión que existe entre los deseos o impulsos internos de muchos individuos, y los impulsos o presiones externas de la sociedad.

- c. Los seres humanos no son auto-estructurados ni hétero-estructurados, sino complejamente íter-estructurados o dialécticamente estructurados. Pero una vez formados, estos rasgos de carácter desempeñan un influyente papel en el desarrollo económico y social de la sociedad. La posmodernidad no nos dejará indiferentes ni iguales: aparecen y aparecerán nuevos deseos, emergerán nuevas pulsiones, nuevos ricos y nuevos empobrecidos (Bauman, 2000; Bourdieu, 2013); y se requerirá una nueva visión moral que tratará de explicar y justificar las nuevas situaciones y abusos de los que siempre fue objeto alguna parte de la humanidad (Todorov, 2012).

Referencias

- Arriagada, I. (2000). ¿Nuevas familias para un nuevo siglo? *Paidéia*, 10, 18.
- Baeza, S. & Bertrán, A. (2015). *Nuevas familias, nuevos alumnos, nuevas escuelas*. Buenos Aires: CEPA.
- Bauman, Z. (2000). *Trabajo, consumismo y nuevos pobres*. Barcelona: Gedisa.
- Bauman, Z. (2005). *Amor líquido. Acerca de la fragilidad de los vínculos humanos*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica.
- Bauman, Z. (2013). *La Posmodernidad y sus descontentos*. Madrid: Akal.
- Bell, D. (1976). *El advenimiento de la sociedad post-industrial. Un intento de prognosis social*. Madrid: Alianza.
- Bourdieu, P. (2013). *Las estrategias de la reproducción social*. Buenos Aires: Siglo XXI.
- Blake, N., Smeyers, P., Smith, R. & Standish, P. (2014). *Thinking again: Education after Posmodernism*. London: Bergin and Garvey.
- Briggs, A. & Burke, P. (2002). *De Gutenberg a Internet. Una historia social de los medios de comunicación*. Madrid: Taurus.
- Brunner, J. J. (2009). La universidad, sus derechos e incierto futuro. *Revista Iberoamericana de Educación*, 49, 77-102.
- Cabrera, M. E. (2005). Paradojas de la reforma educativa: extensión de la escolaridad y exclusión educativa. *Revista Argentina de Sociología*, 3(5), 266-284.
- Castells, M. (1999). *La era de la información. La sociedad red*. Madrid: Alianza.
- Castell, R. (2012). *El ascenso de las incertidumbres*. Buenos Aires: Fondo de Cultura Económica
- Coronado, M. (2015). *Padres en fuga. Escuelas huérfanas. La conflictiva relación de las escuelas con las familias*. Buenos Aires: Novedades Educativas.
- Daros, W. R. (2014). Mujer posmoderna y machismo. *Revista Franciscanum*, 162(56), 107-129.
- Habermas, J. (2001). *El futuro de la naturaleza humana. ¿Hacia una eugenesia liberal?* Barcelona: Paidós.

- Hernández, M. A. (2014). *Los conflictos escolares ¿cómo influyen los padres? En familia y escuela: un espacio para la convivencia*. Valencia: Generalitat valenciana.
- Rodríguez, R. (1994). *Familias: siglo XXI*. Santiago de Chile: Edición de las Mujeres.
- Nisbet, R. (2008). *Historia de la idea de progreso*. Barcelona: Gedisa.
- Terceiro, J. (1996). *Sociedad digital. Del homo sapiens al homo digitalis*. Madrid: Alianza.
- Todorov, T. (2012). *Los enemigos íntimos de la democracia*. Buenos Aires: Galaxia Gutemberg.
- Toffler, A. (2009). *Nueva civilización y el cambio del poder*. Recuperado de: <http://www.todotegusta.com/2009/08/libros-de-ciencias-sociales-descarga-directa/>
- Toffler, A. (1985). *La Empresa Flexible*. Recuperado de <http://downloads.ziddu.com/downloadfile/8871446/AlvinTofflerLaEmpresaFlexible.zip.html>
- Toffler, A. (1982). *La tercera ola*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Toffler, A. (1980). *Avances y premisas*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Toffler, A. (1978). *El shock del futuro*. Barcelona: Plaza & Janés.
- Touraine, A. (2004). *Crítica de la Modernidad*. Buenos Aires: Paidós.

